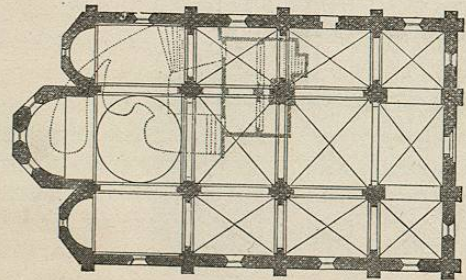


interior hizo rápidos progresos en todas las empresas intentadas.

En las fronteras de los dominios cristianos se construyeron muchas fortalezas para ponerlas al abrigo de las invasiones de la caballería enemiga; principalmente Ascalon fué encerrada en un círculo de castillos, de los cuales el más importante era la «Guarda blanca»; y para dominar los caminos, que por aquella parte del mar Muerto iban de Damasco á Arabia y Egipto, se edificó el fuerte castillo de Krak. Se levantaron pueblos donde hasta entonces había habido incultos desiertos, y se poblaron rápidamente de labradores, obreros y comerciantes. Las inmensas llanuras de cultivo de los terrenos del interior, las plantaciones azucareras de Tiro y los jardines de Antioquia recompensaron con tropical abundancia los trabajos con que fueron cultivados.



Plano de la iglesia de Sta. Ana

El comercio que trasportaba al Occidente las producciones de Persia y de la India en union de los productos del propio territorio, ganó importantes sumas de dinero; en la vida de los magnates se manifestaron la riqueza y la magnificencia que contrastaban con la pobreza de otros tiempos. El príncipe Raimundo tenía una de las cortes más brillantes de su época en la paradisíaca Antioquia, con sus mariscales y condesables, con sus secretarios, cancilleres y mayordomos; la reina Melisenda para establecer como abadesa á su hermana menor Yutta fundó el gran monasterio de monjas de Betania al pié oriental del monte Olivete, y le adornó con toda la magnificencia posible; las órdenes de caballería, después de haber llegado á adquirir bienes propios, establecieron poco á poco sus jerarquías de orgullosos dignatarios. Después tuvo efecto la unidad de los Estados cruzados, por virtud de la cual quedaron entre sí refundidos. Desde la llegada del príncipe Raimundo á Siria, imperaban en los dominios cristianos casi exclusivamente los recién llegados de la nobleza de Francia, pero con dicha unidad fueron asimismo condes ó nobles todos los hombres que en la época del rey Fulco se habían distinguido en la guerra lo mismo que en tiempo de paz. Los normandos antioquenos, que durante muchos años habían estado en actitud tan tirante respecto de los franceses del Sur, se fundieron á la sazón en la masa de la nobleza francesa; los peregrinos que llegaban de Alemania ó Inglaterra á Siria, eran en corto número para que pudieran ejercer mayor influjo. La Siria cristiana se convirtió poco á poco en una colonia francesa, en la cual solo llamaban la atención por su especial posición los barrios de los comerciantes italianos en las ciudades marítimas.

Con la época de Fulco coincide también, según parece, la formación del gran código del reino de Jerusalén (*les assises de Jerusalem*) á lo menos en su parte principal. Durante el reinado del duque Godofredo, como hemos visto, no pudo tratarse de serios trabajos legislativos, y las mismas razones que impidieron esta tarea al «Protector del Santo Sepulcro,» influyeron también después por largo tiempo en los primeros

reyes de Jerusalén. En tiempo de Balduino II hallamos ciertamente una asamblea de prelatos y barones convocada una vez por el rey, la cual publicó una brillante serie de ordenanzas penales contra el adulterio, el latrocinio y el bandidismo; pero solo en tiempos de su sucesor parece que llegaron á ser todas las clases del pueblo bastante numerosas y acomodadas, para poder realizar el proyecto de la completa formación y consolidación del derecho nacional. Podemos por consiguiente señalar los años de Fulco y quizá también los de su sucesor Balduino III, como la época durante la cual se echaron los cimientos de la constitución civil y del sistema jurídico del feudalismo «en el reino de Jerusalén.»

El clero ocupó también en estos años una posición propia y especial en los Estados cruzados; pues aunque en estos había adquirido gran desarrollo la vida civil, volvieron á hacerse valer en ellos los elementos, á que debían en gran parte su formación, esto es, el ascetismo y la jerarquía. Había un crecido número de frailes y monjas y además de ermitaños y «reclusos» que se retiraban al más profundo silencio y soledad huyendo de los lugares del humano comercio. En cambio los prelatos del país, los patriarcas de Jerusalén y Antioquia escandalizaban á los fieles con sus continuas disputas por la extensión de sus diócesis, y con sus rivalidades para obtener el favor del Romano Pontífice. Uno de ellos, Radulfo de Antioquia, llegó hasta exigir juramento feudal al príncipe Raimundo. Pero lo que adquirió mayor importancia que todo fué la inquieta tendencia de este audaz y ambicioso prelado que tras largas luchas y por la enérgica intervención del príncipe Raimundo fué removido de su puesto, y murió envenenado según se cuenta en Italia, donde trataba de ganar en su favor al papa.

La situación de los Estados cruzados estaba sin embargo amenazada seriamente, aun en vida de Fulco, pues al lado del infatigable Imadeddin Zenki, se presentó en Siria un enemigo no menos peligroso y que por el momento causaba más ansiedad.

Este era el emperador bizantino Juan, hijo de Alejo.

Dejamos la historia del imperio griego en la muerte del emperador Alejo (agosto 1118), el cual había desistido de la guerra contra los cruzados tan funesta á ambas partes, y se dedicaba, si bien solo obligado por la necesidad, á sus más importantes asuntos, esto es, á combatir á los seldyucidas del Asia Menor. Sucedióle su hijo Juan, el cual ensanchó los límites de las provincias orientales de su imperio con las afortunadas campañas de los años 1120 y 1121; pues conquistando á Laodicea y Sozópolis, se hizo fuerte en las regiones meridionales de la Frigia, y desde allí, avanzando más hácia el Sur, se apoderó de un gran número de poblaciones de la Pisidia y de Panfilia. En el año 1122

se vió precisado á regresar á Constantinopla por algún tiempo, porque dos clases de enemigos amenazaban la parte europea de su imperio. Los unos eran los venecianos, antiguos amigos de los bizantinos, pero con quienes Juan, según se decía, por su orgulloso proceder, se había negado á cumplir el tratado de comercio concedido por Alejo. El dux Domenico Michiel, que, como sabemos, salió de Venecia con una poderosa escuadra en el año 1122, en dirección á Tierra Santa, dió por esta causa un ataque á Corfú, y después que Tiro fué tomada, cayó sobre las islas del archipiélago al regresar á su patria y sobre las costas del Peloponeso. La guerra duró muchos años hasta que por fin el emperador, movido de excitaciones patrióticas, revocó sus precipitadas disposiciones



El emperador Juan según el códice *De passagis in Terram Sanctam* (Venecia)

anteriores y concedió de nuevo á los venecianos aquel tratado de comercio tan ventajoso para ellos. Los otros enemigos con quienes tuvo que luchar al mismo tiempo fueron los pestchenegos, que desde sus desgraciadas campañas con Alejo (1090), habían ido poco á poco allegando nuevas fuerzas, y el año 1122 penetraron en Macedonia. Estos nuevos enemigos fueron vencidos en reñida batalla, y los prisioneros en parte agregados á las tropas griegas, ó vendidos, y en parte confinados á las regiones poco pobladas del imperio. Después estalló una larga guerra con los húngaros y servios, en la cual se afirmó la dominación griega al otro lado del Hemo, por el valle del Morawa abajo hasta el Danubio. Pero en cuanto se restableció la paz en las provincias europeas, se volvió el emperador al Asia Menor. Esta vez marchó desde la Bitinia á la Paflagonia, se mantuvo con tenaz perseverancia aun en posiciones desfavorables, y con la toma de Castamon y Gangra, aseguró para su imperio la posesión del Asia Menor del Norte hasta el Halis.

Estaban pues los asuntos bizantinos en un satisfactorio estado de prosperidad. El emperador era bondadoso y recto, valiente y de grandes dotes; el ejército estaba muy práctico en la guerra y las fuerzas del Estado se aumentaban de año en año. Las provincias interiores del imperio alcanzaron notable bienestar, porque permanecieron libres de la opresión enemiga durante mucho tiempo, y sobre todo parecía estar completamente relegada al olvido la malhadada contienda sobre si la soberanía de Siria pertenecía á los bizantinos ó á los cruzados.

Pero en esto los antioquenos cometieron la gran locura de llamar de nuevo sobre sí la atención de la corte bizantina. Probablemente fué el partido de la princesa viuda Elisa el que ofreció la mano de la princesa Constanza al hijo más joven del emperador, es decir, á Manuel, aun antes de que Raimundo de Poitou hubiera llegado á Siria. Como esta negociación no llegó á feliz término, su único resultado fué excitar el odio de la familia imperial contra los cruzados; y cuando no mucho tiempo después estallaron las contiendas de vecindad entre los griegos de las costas de Panfilia y los armenios de Cilicia aliados de los antioquenos, resolvió Juan ir á Siria á tomar venganza y á humillar el orgullo de los francos.

En el verano de 1137, al frente de un numeroso ejército, conquistó toda la Cilicia, y avanzó en persona contra Antioquia. La situación era para el príncipe Raimundo tanto más amenazadora y crítica, cuanto que por entonces el rey Fulco había sido derrotado y encerrado en Barin por Imadeddin Zenki. Es verdad que á la sazón logró el príncipe, como hemos visto, salvar al rey del mayor apuro, yendo con toda celeridad á su auxilio; pero después sufrió también un riguroso sitio por parte de los griegos en Antioquia, que al fin le obligó á abrir las puertas de la ciudad y someterse como feudatario al emperador, porque los demás príncipes cruzados en general no contaban con fuerzas suficientes para rechazar á estos enemigos de Antioquia.

Pero Juan no se contentó con el juramento feudal, sino que además exigió que Raimundo renunciase á su principado de Antioquia, tan pronto como recibiese en cambio á Alepo y las pequeñas ciudades situadas en el alto Orontes, las cuales se trataba de arrancar á los seldyucidas. Esta exigencia del emperador era torpe en extremo, pues debía suponer que los latinos emplearían todas sus fuerzas para impedir la conquista de aquellas ciudades y quedarse de este modo con la posesión de Antioquia. Raimundo consintió en apariencia en las condiciones del emperador, pero cuando en el siguiente año de 1138 se declaró la guerra con Zenki, supo hacer fracasar el triunfo de las armas cristianas alián-

dose con el conde Joscelin de Edesa, el cual temblaba también por sus intereses si se consolidaba la dominación de los griegos en Siria. Juan regresó furioso á Antioquia, donde procedió orgulloso como soberano absoluto, pero á consecuencia de una insurrección popular hábilmente promovida por el conde Joscelin, se vió obligado á abandonar la ciudad y por fin la Siria toda.

Esta conducta de unos y otros no tardó en producir las más fatales consecuencias en todas partes. Zenki intentó tomar á Damasco después de la retirada de los griegos en el año 1139, si bien no lo consiguió, como hemos visto. Sin embargo, con poco esfuerzo hizo varias conquistas en Siria, y los seldyucidas del Asia Menor, aprovechando la larga ausencia del emperador, se atrevieron á dirigir nuevos ataques contra las vecinas provincias del imperio bizantino. Juan tuvo que salir á campaña tres veranos consecutivos, hasta que volvió á refrenar á sus enemigos, y consiguió algunas ventajas sobre ellos. Pero apenas las hubo obtenido penetró por segunda vez en Cilicia en la primavera de 1142.

Su aproximación fué esta vez para los cristianos de Siria más amenazadora aun que en el verano de 1137; porque Juan abrigaba el propósito decidido de crear para su hermano un segundo patrimonio bizantino formado con la isla de Chipre y las regiones del litoral de la Panfilia y Cilicia hasta Antioquia inclusive, y, además de esto, arrastrado por la tendencia religiosa occidental, quería emprender una peregrinación al Santo Sepulcro de Jerusalén acompañado de todas sus fuerzas, y pelear al lado del rey Fulco contra los enemigos de la cruz. Los latinos se sentían cada vez más oprimidos por los griegos, y contemplaban el porvenir con tanta mayor inquietud, cuanto que á la sazón se presentaba Juan con la mayor resolución. Apareció de súbito delante de Tell-Baschir, residencia del conde Joscelin, la puso sitio, y obligó al conde á que enviase al campamento griego á su hija Isabel como prenda de su fidelidad. Luego exigió que se le entregara inmediatamente la ciudad de Antioquia que le había de servir de plaza de armas en la guerra contra los seldyucidas. Raimundo se hallaba en la más aflictiva situación; no se atrevía á eludir las exigencias del poderoso emperador; pero encontró un buen medio de salir de apuros, reuniendo á sus barones á quienes excitó á que declarasen que ellos por su parte en ningún caso consentirían la entrega de Antioquia, aun cuando su príncipe se inclinase á ello. Entonces Juan dió principio á la guerra, y devastó los alrededores de Antioquia sin consideración alguna, pero como la estación estaba ya muy avanzada, se contentó con aquella devastación, y regresó poco tiempo después á Cilicia, para allí aguardar la primavera próxima.

El rey Fulco no desempeñó ningún papel importante en estas revueltas. Tenía sin duda la acertada opinión de que se debía evitar en lo posible una lucha declarada contra las fuerzas superiores del emperador, y alejar el último extremo por medio de pequeñas concesiones, hasta que hubiese desaparecido el peligro que amenazaba por parte de los griegos. En este sentido dió oportunamente un buen consejo al príncipe Raimundo, y respecto del plan de una peregrinación bizantina á Jerusalén hizo asimismo la observación (1142 á 1143) de que él deseaba recibir al emperador del mejor modo posible en la Ciudad Santa, pero que solo podría llevar consigo unos 10,000 hombres de su ejército, porque el reino de Jerusalén era demasiado pequeño, para alimentar un número mayor de hombres. Después de esto no molestó Juan á los latinos por más tiempo, pues en abril de 1143, cuando trataba de ordenar la marcha de su ejército á Siria, se hirió él mismo en una cacería, y murió de allí á pocos días. Con este suceso la situación cambió solo en un grado in-

significante; pues Juan poco tiempo antes de su fallecimiento había reunido á los mas importantes oficiales de su ejército, proponiéndoles que reconociesen como emperador su hijo menor, el ya citado príncipe Manuel, por ser un hombre especialmente valiente, dispuesto y de gran actividad (1). Los oficiales se manifestaron conformes, y su palabra bastó para asegurar la corona al príncipe Manuel, porque el ejército del imperio bizantino de aquella época tenía en sus manos la balanza que decidía del poder. Así, pues, el sucesor designado para ocupar entonces el trono de los Comnenos podía ser tan peligroso para los cruzados, como lo había sido su antecesor.

En tales circunstancias, entre la penosa inquietud que le causaba la preponderancia de los seldyucidas y de los griegos, llegó el rey Fulco al término de su vida. Verdad es que dejó el territorio de su mando en la mejor situación posible, porque el reino de Jerusalem en lo relativo al exterior estaba en paz con Damasco y por tanto, á cubierto en cierto modo contra Zenki, y disfrutaba en el interior de los beneficios de un activo progreso; así por ejemplo durante los últimos años de Fulco se construyeron los castillos *Garde blanche* y *Krak* y el monasterio de Betania; pero ¡sobre qué inseguros cimientos se había fundado todo esto en frente de los terribles peligros, que amenazaban por todas partes al Norte de Siria y por consiguiente á la Tierra Santa! Puede decirse en verdad, que la situación de los cruzados en aquella época era digna de compasión; pues por mucha culpa que ellos mismos tuviesen, en que se hubiese oscurecido su porvenir, es lo cierto sin embargo que era una suerte extraordinariamente fatal el verse rodeados de enemigos en el espacioso territorio del Oriente desde Bagdad y El Cairo hasta Constantinopla. Además experimentaron la gran desgracia de la irreparable pérdida del sabio monarca Fulco. En noviembre del año 1143, al verificar una rápida excursión delante de las puertas de Akkon, cayó con tan mala fortuna de su caballo, que poco tiempo despues exhaló el último suspiro. Su repentina muerte fué para los cruzados tanto mas funesta, cuanto que sus hijos Balduino y Amalrico no tenían mas que trece años el primero y siete el segundo. La reina viuda Melisenda se puso al frente del gobierno en representación de su hijo mayor Balduino. Con esto, en una época por demás fatal, vino á parar el reino de Jerusalem á manos de una mujer, que en su orgullo y ambición tenía una lamentable semejanza con su hermana la tristemente célebre Elisa de Antioquia.

CAPITULO V

SEGUNDA CRUZADA (2)

EL ORIENTE ANTES DE LA SEGUNDA CRUZADA

Pintásenos al príncipe Raimundo de Antioquia como uno de los héroes mas brillantes de su tiempo. Dícese que era muy hermoso, de fuerzas hercúleas é invencible en la lucha, y al mismo tiempo fino, discreto y afable. Pero no estaba adornado de las dotes de un soberano. Jugaba loca-

(1) Juan tuvo cuatro hijos: Alejo, Andrónico, Isaac y Manuel. De estos los dos primeros murieron en temprana edad. Isaac fué postergado entonces en provecho de Manuel.

(2) Wilken, Historia de las Cruzadas, vol. III, sec. I, y las obras arriba citadas. Además, Disertación de Sybel, sobre la segunda cruzada, en la Revista de Ciencias históricas, Berlin 1845, tom. IV, vuelta á insertar en los «Pequeños escritos históricos» de Sybel, Munich, 1863. Giesebrecht, Historia de la época imperial de Alemania, tom. IV. Cosack, la conquista de Lisboa en el año 1147 y Halle 1875. Kugler, Estudios para la historia de la segunda Cruzada, Stuttgart 1866. Kugler, Anales para la historia de la segunda Cruzada, Tubinga, 1878.

mente con el peligro, corría tras inasequibles ganancias, y por fin se arruinó á sí mismo y perdió á los suyos.

Hasta entonces había resistido el ímpetu extraordinario de los acontecimientos, siempre con bastante fortuna; y este resultado relativamente bueno, contribuyó á animarle á cometer las mas locas y arriesgadas empresas. Apenas supo que el emperador Juan había muerto, envió á Cilicia una embajada con encargo de exigir al joven Manuel la entrega de todos los territorios antiguos ocupados por los griegos. Manuel no solo contestó rechazando desdeñosamente la demanda, sino que repitió además la antigua pretensión de los Comnenos, de que todo el territorio que en otro tiempo había sido del imperio romano, le pertenecía de derecho. Despues de haber despedido de este modo á los embajadores antioquenos, dejó las fronteras de Siria, para regresar inmediatamente á Constantinopla, y recibir la corona del imperio de manos del patriarca. Raimundo aprovechó sin demora este alejamiento, penetró en Cilicia y arrancó á los griegos algunas plazas fuertes.

Era preciso tomar una cruel venganza de todo esto; y al efecto, el joven emperador, poco tiempo despues de haberse instalado en su capital, y de hallarse allí en segura posesion del gobierno, envió á Antioquia un ejército terrestre y una escuadra al mando de los mas experimentados generales de su padre. Estos llegaron á Cilicia y en las costas de Antioquia trabaron sangrientas luchas, por resultado de las cuales, el príncipe Raimundo, á pesar de algunas ventajas aisladas, quedó al fin tan acobardado que para no verse reducido al último extremo marchó él mismo á Constantinopla, y se humilló respetuosamente ante el emperador. Este le volvió á su gracia luego que pidió perdon sobre la tumba del emperador Juan y renovó el juramento feudal como vasallo del imperio bizantino (1144).

Naturalmente, este no fué mas que el comienzo de desgracias ulteriores y de peor género. Imadeddin Zenki observaba atentamente á los cristianos y veía con satisfacción cómo había cambiado la situación en favor suyo, sin que para ello hiciese él nada. Fulco había muerto; Raimundo estaba lejos y el poder de Antioquia se hallaba quebrantado. En este caso podía dar un golpe decisivo contra los cruzados, pues no era ya de temer que le saliesen al encuentro con rapidez y todos unidos.

Pero tambien en esta ocasion tuvo en cuenta el emir, que los cristianos latinos eran una raza de héroes, contra la cual hasta entonces en muy raras ocasiones había podido medir sus armas con ventaja. Pareciale en particular terrible el conde Joscelin, quien de ordinario residía en Tell-Baschir, desde donde tenía en jaque á la mitad de la Mesopotamia con atrevidas expediciones, y se había conquistado entre sus enemigos el sobrenombre de «El diablo» en tiempo de los francos. Por fin Zenki resolvió sitiar la populosa ciudad de Edesa. Pero para no alarmar á los cristianos, emprendió por de pronto en el otoño de 1144, una campaña al Norte de Mesopotamia, y cayó sobre ellos cuando le fué notificado por uno de sus lugartenientes, que era propicia la ocasion para dar comienzo á la campaña principal.

En noviembre se presentó de repente delante de Edesa con poderoso ejército. La ciudad tenía buenas fortificaciones y fué defendida con valor heroico; pero debía sucumbir si en breve plazo no llegaban considerables fuerzas á levantar el sitio. El conde Joscelin se preparó á hacer el último esfuerzo, y envió sin demora algunos mensajeros á Jerusalem y á Antioquia en demanda de auxilios, ya que él solo y aislado no podía aventurarse á hacer frente en batalla campal á las fuerzas superiores de Zenki. La reina Melisenda, ante las repetidas súplicas de los edesanos, consintió

en enviar algunos barones al Norte; pero antes que estos llegaran al término de su viaje, pasó el tiempo en que hubieran podido cooperar á la salvacion de la ciudad sitiada. Cómo estaban á la sazón las cosas en Antioquia, no lo sabemos con seguridad: Raimundo, á causa de las pérdidas que le habían ocasionado los griegos, estaba profundamente quebrantado para poderse preparar inmediatamente otra vez para una campaña, ó quizá no había vuelto aun de su viaje á Constantinopla. De modo, que el conde Joscelin en vano esperaba socorros, mientras Zenki minaba ya las murallas de Edesa. Los sitiados se defendían admirablemente; los sacerdotes de los armenios, griegos y latinos peleaban al lado de los caballeros y soldados; el arzobispo latino Hugo, á quien Zenki excitó á que facilitase la entrega de la ciudad, rechazó con arrogancia tal proposición. Entonces el emir mandó pegar fuego á las obras de madera, con que había apuntalado por largo tiempo los socavados muros y ordenó á sus feroces tropas que penetrasen en la ciudad por la brecha que allí quedó abierta. Entre la mas espantosa carnicería fué dominada la última resistencia de los sitiados y tomada la ciudad, á excepcion de la ciudadela; la cual, sin embargo, hubo de entregarse dos dias despues (diciembre de 1144).

La pérdida de Edesa fué una inmensa desgracia para los cruzados. Igual suerte podía estar reservada á Antioquia; y en tal caso ni Jerusalem, ni ninguna otra plaza de los dominios cristianos podía sostenerse por mucho tiempo. Pronto parecia que iba á sonar la última hora de los Estados cruzados, pues los seldyucidas aprovecharon su victoria con incontrastable energía. Zenki tomó á Serudsch; la rica Elvira cayó en poder de otro emir de Mesopotamia; toda la vida del condado de Edesa, situada del otro lado del Eufrates, fué ocupada por los enemigos. Despues Zenki tuvo que abandonar el teatro de la guerra, por haber estallado en Mosul una insurrección, que parecia poner en grave peligro su soberanía; pero no consiguieron por esto los cristianos mas que una breve tregua.

En estas circunstancias no quedaba mas que un camino de salvacion. Era preciso pedir á los correligionarios del Occidente un auxilio suficientemente grande para poder vencer á Zenki y reconquistar á Edesa. Este camino fué seguido, si no por todos los que tenían interés en ello, á lo menos por parte de aquellos que estaban amenazados en primer término por los seldyucidas. La reina Melisenda no se cuidó del peligro general, ni mucho menos dirigió petición alguna de auxilios á Europa; pero en cambio, los sirios del Norte se esforzaron para ganar por sí la opinion favorable de las potencias de Occidente. Aquí es digno de observarse por de pronto, que los armenios cristianos, que con tanta frecuencia se habían puesto del lado de los latinos como leales compañeros de armas, procuraron entonces incorporarse tambien á ellos en lo tocante á las relaciones eclesiásticas. Ya en el año 1140 prometió su patriarca asistir á un concilio en Jerusalem, para modificar el credo armenio en muchos de sus puntos, teniendo por norma el católico romano; y en el año 1145 se presentó una embajada de armenios al papa Eugenio III, pidiéndole, como árbitro, su decision respecto de la conservacion ó abolicion de determinadas prácticas eclesiásticas, y rogándole les instruyese en el rito de la misa de los latinos. Esta vez, segun se deja entender, el príncipe Raimundo llenó cumplidamente su deber; pues, un cronista francés refiere que unos mensajeros antioquenos habían presentado la petición en su patria, de que «el valor de los franceses compañeros de la victoria» podría preservar al Oriente de ulteriores desastres. Además Hugo, obispo de Gros-Gibellum, salió á toda prisa, en noviembre de 1145, para la corte pontificia, donde se lamentó amargamente de

la pérdida de Edesa y manifestó resueltamente el propósito de pasar los Alpes y pedir auxilios en favor de Siria á los reyes Conrado III de Alemania y Luis VII de Francia. Este obispo era uno de los hombres mas importantes del principado de Antioquia; al lado de Raimundo había combatido así al emperador Juan como al ambicioso patriarca Radulfo, y es verosímil que con anuencia de su soberano, concibiera el plan de presentarse en demanda de auxilios á los mas poderosos jefes de la cristiandad. Si realizó su objeto no lo sabemos, pues no tenemos ulteriores noticias de él, ni podemos dar indicacion alguna de su paradero. Pero los otros mensajeros antioquenos parece que lo lograron, y además varios peregrinos que volvian de la Tierra Santa á su patria, y algunos súbditos de los Estados cruzados, que pasaban á Europa á asuntos de comercio, no solo trajeron la triste noticia de la rendicion de Edesa, sino que hablaron tambien de la necesidad de una nueva expedición militar de los francos á la Siria.

PREPARATIVOS DE LA CRUZADA EN EL OCCIDENTE

Pero la situación del Occidente era muy distinta en este momento de la del año 1095. En tiempo de Urbano II estaba la Iglesia romana dominando sobre potencias sumisas; pero despues las elecciones cismáticas y la corta duracion de muchos pontificados, perjudicaron sensiblemente la importancia de los papas, y á la sazón se sentaba en la silla de San Pedro Eugenio III, varon excelente y piadoso, pero no de grande autoridad. Por el contrario los Estados habían comenzado á desarrollarse con mas vigor. Roger de Apulia había reunido en un poderoso reino los dominios normandos de la baja Italia; las ciudades lombardas se habían hecho ricas y poderosas bajo constituciones libres, y en Francia, tras larga soñolencia, el poder real había recobrado su prestigio, merced al hábil Luis VI y al abad Suger de St. Denys, sabio consejero suyo y de su hijo Luis VII. Sobre todo desde la primera cruzada y en gran parte, á consecuencia de ella, había prevalecido un carácter mas civil en la vida de los pueblos cristianos. La tendencia místico-ascética, por la cual estuvieron dominados durante el siglo XI, cedió su lugar desde la conquista de Jerusalem á otros sentimientos nacientes. Se había dado cumplida satisfacción á esta tendencia, y aprendido á conocer la antigua cultura de los griegos, el poderío de los mahometanos y la rica esplendidez del Oriente. Allí se dilataron los corazones en el ardiente deseo de vivir, no ya en el oscuro porvenir, sino en el estudio de todos los fenómenos de la existencia humana, y á disfrutar con alegría de los tesoros de este mundo. Príncipes y caballeros se entregaron en la orgía de espléndidos festines y en empresas amorosas; instruidos sacerdotes se dedicaban á especulaciones filosóficas, ó se entregaban al estudio de las obras del Derecho de Justiniano, de donde nada podía sacarse en pro de la conveniencia ó utilidad del dominio temporal del estado eclesiástico. El alegre trovador, Guillermo de Aquitania, despertó con sus canciones en media Europa el sentimiento fantástico. Pedro Abelardo reunía apiñada muchedumbre de discípulos entusiastas de su doctrina alrededor de su cátedra, y el fogoso Arnoldo de Brescia predicaba á los romanos, que ya sin esto se habían levantado contra el papa, que el Padre Santo era efectivamente un soberano con respecto á las almas, pero no con respecto á los cuerpos, y que podía reclamar, sin duda alguna, el gobierno de la Iglesia, pero no un poder soberano en la ciudad eterna.

Sin embargo la corriente espiritual que tan poderosa y generalmente había conmovido los ánimos, no se había calmado, antes bien, solo se desvió un poco del antiguo camino.